

Ella, dentro, cantando con hermosa voz, recorría la tela y tejía con su lanzadera de oro. Alrededor de la caverna había una selva verdoosa: el olmo, el álamo negro, el oloroso ciprés, y dentro anidaban los pájaros de largas alas, las gaviotas, los gavilanes, las cornejas de largo pico, todos los pájaros de la ribera, que cazan en el mar. Alrededor de la pulida caverna se extendía una viña joven, que estaba toda floreciente de racimos. Muy cerca corrían cuatro fuentes de burbujeantes aguas, cercanas unas á otras, y girando cada una hacia un lado. Alrededor florecían praderas mullidas de apios y de violetas; un dios que hubiese llegado allí, se hubiera admirado y se le habría regocijado el corazón.»

Ella misma pone la mesa, sirve á su huésped como Nausicaa; si hubiera necesidad, ella iría con sus siervas á lavar los vestidos en el torrente cercano: se hacen entonces cosas de esa especie naturalmente, lo mismo que se anda; no se tiene idea de descargarse de este cuidado más que de aquel otro. Así se conserva la fuerza y la agilidad de los miembros; es un placer y un instinto moverlos y utilizarlos. El hombre es todavía un hermoso animal casi pariente de los caballos de noble raza que nutre en sus pastos; bajo este título, el empleo de sus brazos y de su cuerpo no parece servil. Ulises mismo, con hacha y barrenas, cortó y trabajó el tronco de olivo que servía luego de asiento á su lecho de bodas; los jóvenes que quieren unirse á una mujer despedazan y cuecen ellos mismos los cerdos y los corderos que han de comer. Y los sentimientos son tan naturales como las costumbres; el hombre no se violenta, no se inclina por completo al heroísmo feroz como en la Germania, ni á la superstición

enfermiza como en la India; no le da vergüenza de tener miedo algunas veces y decirlo, de enter necerse y llorar; las diosas aman á los héroes y se ofrecen á ellos sin rubor, como una flor se inclina hacia la flor vecina que debe hacerla fecunda. El deseo parece tan hermoso como el pudor, la venganza como el perdón; el hombre se expande por completo, armoniosamente y con facilidad, como estos plátanos, estos naranjos nutridos por la frescura del mar, por el aire tibio de las gargantas y que muestran la redondez de sus copas sin que mano alguna los cuide ni que la intemperie fuerce á la savia á retirarse de uno solo de sus brotes. En medio de estas narraciones recordadas, entre las imágenes de las selvas y de las aguas que se acaba de atravesar, se ve esbozarse vagamente los cuerpos de los héroes antiguos: este Ulises tal como salía del río, «más alto y más ancho de espaldas» que los otros hombres, y «los rizos de sus cabellos caían sobre su cuello y semejantes á la flor de jacinto», ó bien á su lado las jóvenes que, quitando su velo, juegan en la orilla del río, y entre ellas Nausicaa, «la virgen indómita, que á todas llevaba en estatura la cabeza».

Después, todo esto no me ha bastado, y me ha parecido que para describir este cielo, esta profundidad blanca y luminosa del aire, que envuelve y vivifica todas las cosas, esta mar radiante y feliz que es su esposa, esta tierra que viene á su encuentro, es preciso remontarse hasta los himnos védicos, encontrarse en ellos, como nuestros primeros antepasados, verdaderos vivientes, vivientes universales y sencillos, los dioses eternos y vagos que hemos cesado de ver, ocupados como lo estamos nosotros en los detalles de nues-

tra simple vida, pero que, en suma, subsisten solos, nos llevan, nos vuelven á proteger y viven entre ellos como en otros tiempos, sin sentir los movimientos imperceptibles, los arañazos efimeros que nuestra civilización hace sobre su seno.

Varios días en Herculano y Pompeya

Se ve pasar ante sí millares y millares de objetos; todo esto en torno se agita en la cabeza: ¿cómo sacar de este caos alguna impresión dominante, alguna vista de conjunto?

Lo que subsiste, desde luego, es la imagen de la ciudad gris y rojiza, medio arruinada y desierta; montones de piedra sobre una colina de rocas, con líneas de muros espesos y de losas de piedra azuladas, todo blanquecino en el aire, deslumbrador de blancura; en torno del mar, las montañas y la perspectiva infinita.

En la cúspide están los templos, el de la Justicia, el de Venus, el de Augusto, el de Mercurio, el edificio de Eumaquia y otros templos sin concluir; más lejos, y también sobre una altura, el de Neptuno. Tenían de este modo sus dioses en lo alto, en el aire puro, que era también un dios. El foso y la curia están al lado; ¡el hermoso lugar para deliberar y hacer los sacrificios!

Se ven en la lejanía las amplias líneas de montañas vaporosas, las copas tranquilas de los pinos quitasoles; después en el Oriente, bajo la bruma dorada, llena de sol, las formas suaves de los árboles y la abigarrada diversidad de cultivos. Se vuelve uno, y sin esfuerzo de imaginación se

reconstruye estos antiguos templos. Estas columnas, estos capiteles corintios, esta ordenación sencilla, estos paños de azul cortados por los cuerpos de mármol... ¡qué impresión debe dejar en el alma este espectáculo presenciado desde la infancia! Una ciudad, entonces, era una verdadera patria, y no, como ahora, una colección administrativa de casas amuebladas. ¿Qué me importan hoy Rouen ó Limoges? Tengo allí un albergue en medio de un montón de otros alojamientos; la vida viene de París. París mismo, ¿qué es sino un montón de habitaciones, cuya vida viene de una oficina donde hay cartones y empleados? Al contrario, los hombres aquí hacían de la ciudad su joyel y su estuche; la imagen de su acrópolis, con sus templos blancos en la claridad, les seguía por todas partes; las ciudades de nuestra Galia, la Germania, toda la barbarie del Norte, no les parecían más que cloacas y desorden. A sus ojos, el que no tenía ciudad no era verdaderamente un hombre, sino un medio bruto, casi una bestia, bestia de presa, de la cual no se puede hacer más que un animal de carga. La ciudad es una institución única, el fruto de una idea soberana que ha regido durante doce siglos todas las acciones del hombre; es la gran invención por la cual ha salido del salvajismo primitivo. Ha sido á la vez el castillo feudal y la iglesia; cuánto la ha amado el hombre, cómo ha relacionado y encerrado allí toda su vida, no hay palabras para decirlo. El resto del universo le era extraño ó enemigo; no tenía para él derecho, ni sus bienes ni sus miembros estaban allí en seguridad; si encontraba protección, era por gracia; no se pensaba en él más que como en un peligro ó una presa; este recinto era su refugio y su fortaleza. Además, tenía sus

dioses propios, su Júpiter ó su Juno, dioses que habitaban la ciudad, dioses adheridos al suelo, y que, en el pensamiento primitivo, no eran otra cosa que este suelo mismo con sus fuentes, sus bosques y su cielo. Tenia allí su hogar, sus penates, sus antepasados yacentes en sus tumbas, incorporados al suelo, recogidos por la tierra, la gran nodriza, y cuyos manes subterráneos, desde el fondo de su reposo, continuaban velando por él, de suerte que encontraba en un solo compacto haz todas las cosas saludables, sagradas ó bellas, que debía defender, «admirar ó venerar». «La patria es más que tu padre ó tu madre—decía Sócrates á Critón,—y cualquier violencia ó injusticia que nos haga, debemos sufrirla sin que intentemos librarnos.» De esta manera es como el griego y el romano han comprendido la vida; cuando sus filósofos, Aristóteles ó Platón, fundan un Estado, éste es una ciudad, una ciudad limitada y cerrada, cinco ó diez mil familias, donde el matrimonio, la industria y todo lo demás está subordinado á *la cosa pública*. Si se une á todos estos rasgos la imaginación fiel y pintoresca de las caras meridionales, su aptitud para representar los objetos corporales, las formas locales, todo el exterior coloreado, todo el relieve sensible de su ciudad, se comprende que esta concepción de la urbe ha debido producir en las almas antiguas una sensación única, manantial de emociones y de adhesión, á los cuales no llegamos jamás nosotros.

Todas estas calles son estrechas; la mayor parte son callejuelas, que se franquearían de un salto. Frecuentemente no dejan sitio más que para un carro, y el carril es aún visible; de cuando en cuando, anchas piedras permiten pasar atra-

vesando como sobre un puente. Todos estos detalles indican otras costumbres que las nuestras; evidentemente no habría aquí la gran circulación de nuestras ciudades, nuestras pesadas carretas cargadas, nuestros coches propios, que corren al trote. Los carros traían el trigo, el aceite, las provisiones; muchos transportes se hacían á brazo y por esclavos; los ricos iban en litera. El bienestar era menor y diferente. Un rasgo saliente de la civilización antigua es la *falta de industria*. No había las provisiones, los utensilios, los tejidos, todo lo que las máquinas y el libre trabajo fabrican hoy en enormes cantidades para todo el mundo y tan barato. El esclavo hacía la moliendas: el hombre se había dedicado á lo hermoso, no á lo útil; no produciéndose nada, no se podía consumir nada. La vida era forzosamente sencilla, y los filósofos como los legisladores, que lo sabían bien, prescribían la abstinencia, no por pedantería ciertamente; el lujo era sin duda incompatible con la sociedad tal como ella estaba. Algunos miles de hombres valientes y esforzados, que viven sobriamente, que tienen media camisa y una capa, que se complacen en ver sobre su colina un grupo de hermosos templos y estatuas, que hablan de asuntos públicos, pasan el día en los gimnasios, en el foro, en los baños, en el teatro, se lavan, se ungen con aceite y están contentos con la vida; he aquí la ciudad antigua. Si sus necesidades y sus refinamientos crecen hasta el exceso, el esclavo, que sólo tiene sus brazos, no puede ya bastarles. Para establecer una gran organización complicada como nuestras sociedades modernas, por ejemplo, una monarquía moderada, igualitaria y protectora, donde cada uno se propone como fin la tranquilidad y la conquista del bienestar, falta el necesari-

rio fundamento. Cuando Roma quiso hacer algo de esto, las ciudades fueron destrozadas, los esclavos gastados desaparecieron, el resorte de la acción se rompió, y pereció todo.

Esto se ve más claro aún tan pronto como se entra en las casas, como la de Comelio Rufo y la de Marco Lucrecio, en la Casa Nueva, en la de Salustio. Son éstas reducidas y sus piezas aun más pequeñas. Están hechas para tomar el fresco, para dormir; el hombre pasaba el día fuera, en el foro, en los baños, en el teatro; la vida privada, tan importante para nosotros, era muy limitada; lo esencial era la vida pública. No hay ni señales de chimenea, y seguramente había pocos muebles. Las paredes están pintadas de colores negruzcos y rojizos opuestos, lo que es muy dulce en la semiobscuridad. Por todas partes, arabescos de encantadora ligereza; Neptuno y Apolo construyendo los muros de Troya, un triunfo de Hércules, amorcillos, danzarinas que parecen volar á través del aire, dos jovencitas apoyadas contra una columna, Ariadna encontrada por Baco: ¡estos cuerpos jóvenes son tan francamente jóvenes y fuertes! Algunas veces el tablero no encierra más que un delicado marco sinuoso, con un grifo en el centro. Los asuntos no están más que indicados. Estas pinturas equivalen á nuestros papeles pintados. ¡Pero qué diferencia! Pompeya es un San Germán, un Fontainebleau antiguo; se ve allí el abismo que separa á los dos mundos.

Casi en todas partes hay un jardín grande como un salón en el centro de la casa; en medio un tazón de mármol blanco con su fuente corriente; á la entrada un pórtico de columnas. ¿Qué hay más encantador, ni más sencillo, ni mejor escogido, para pasar las horas calurosas del día? Las hojas

verdes campeando entre las columnas blancas; las tejas rojas sobre el azul del cielo; esta agua murmurante que corre vagamente entre las flores; este haz de perlas líquidas; estas sombras de los pórticos cortadas por la potente claridad... ¿hay un lugar mejor para dejar vivir al cuerpo, para soñar sanamente y gozar, sin artificio ni refinamiento, de todo lo más bello que hay en la Naturaleza y en la vida? Algunas de estas fuentes tienen cabezas de león, estatuillas alegres, niños, lagartos, liebres, faunos que corren sobre la orilla. En la más vasta de todas estas casas, la de Diómedes, naranjos, limoneros, parecidos probablemente á los de otros tiempos, hacen brillar sus verdes brotes; un *vivarium* (1) es allí hermoso adorno; una columnata pequeña encierra el comedor de verano; todo esto se ordena en el recinto cuadrado de un gran pórtico. Cuanto más se trata de reconstruir estas costumbres en la imaginación, más bellas parecen, conformes con el clima y también con la naturaleza humana. Las mujeres tenían su gineceo en el fondo, detrás del pórtico y del patio, asilo cerrado, sin vista al exterior, separado de la vida pública. No se movían mucho en estas estrechas salas, pues reposaban perezosamente, como italianas, ó trabajaban en obras de lana, esperando que su padre ó su marido hubiesen dejado los negocios y la conversación con los hombres.

Seguían vagamente con la vista la pared obscura; nada de cuadros colgados como los de hoy, ni de curiosidades arqueológicas, obras de un país y de un arte diferentes, sino figuras que repetían y embellecían las actitudes ordinarias del

(1) Depósito de agua donde hay peces.

acostarse, del levantarse, de la siesta, del trabajo; diosas de pie ante París, una Fortuna elegante y esbelta como las mujeres de Primitice: una Dedamia que, espantada, se dejaba caer sobre un asiento. Las costumbres, las obras, los vestidos, los monumentos, todo partía del mismo y único origen: la planta humana no había tenido más que un impulso y no había sufrido ingerto alguno. Hoy la civilización en la misma comarca, aquí en Nápoles, está llena de incongruencias, porque es más vieja, y han influido en ella razas diversas. Muchos rasgos españoles, católicos, feudales, septentrionales, han venido á emborronar ó deformar el bosquejo italiano y pagano primitivo. En consecuencia, lo natural y fácil se ha perdido; todo es falso. De todas las cosas que se ven en Nápoles, ¿cuántas no hay verdaderamente indígenas? El Norte es el que ha importado la necesidad del bienestar, los vestidos ajustados, las casas altas, la industria sabia. Si el hombre siguiera su natural, viviría aquí como los antiguos: medio desnudo ó envuelto en un lienzo. La antigua civilización nacía por completo del clima y de una raza apropiada al clima; por esto poseyó tanto la armonía y la belleza.

El teatro está edificado sobre la cima de una colina, las gradas son de mármol de Paros; enfrente el mar con el Vesubio, radiante de blanca matinal. Por techo había un velo, y aun éste á menudo no lo ponían. Comparad este teatro con los nuestros nocturnos, iluminados por el gas, llenos de aire mefítico, donde se amontona la gente en cajas coloreadas y en filas de jaulas suspendidas, y sentiréis la diferencia que separa la vida gimnástica del cuerpo atlético y la vida complicada, artificial, de la levita negra. La misma im-

presión en el anfiteatro, grandioso y abierto al sol; pero aquí está la mancha del mundo antiguo, la sangrienta señal romana. Idéntica impresión en los baños, en la cornisa roja del *frigidarium*; amorcillos de encantadora ligereza, saltan á caballo ó arrastran carros. Nada hay más agradable á la vista ni mejor entendido que el secadero con su bóveda llena de figuritas en relieve y medallones adornados con una fila de Hércules, que, alineados contra el muro, sostienen sobre sus vigorosas espaldas todo el entablamiento. Todas estas formas viven y son sanas; nada parece exagerado y sobrecargado. ¡Qué contraste si se miran los baños modernos, sus insulsas y postizas desnudeces, sus figuras sentimentales y voluptuosas! Es que el baño de hoy no representa más que una limpieza; entonces era un placer y una institución gimnástica (1). Se empleaban en él muchas horas del día; los músculos se hacían allí ligeros y la piel brillante; el hombre saboreaba la voluptuosidad animal que penetra la carne, primero apretada y después ablandada. No vivía solamente de la cabeza como hoy, sino de todo el cuerpo.

Se desciende y se sale de la ciudad por la vía de las Tumbas. Están éstas casi enteras; nada más noble que sus formas, nada más serio sin ser lúgubre. La muerte no era turbada entonces por la superstición ascética, por la idea del infierno. En el pensamiento de los antiguos era una de las funciones del hombre, un sencillo término de la vida, cosa grave y no terrible, que se miraba de frente sin el espanto de Hamlet. Se

(1) Ἐγυμναστική. No tenemos palabras para expresar este arte, que comprende todo lo que se relaciona con la perfección del animal desnudo.

tenían en casa las cenizas y las imágenes de los antepasados y se las saludaba al entrar; los vivos quedaban en relación con ellos. A la entrada de la ciudad, sus tumbas, alineadas á ambos lados de la vía, parecían una primera ciudad, la de los fundadores. Hippias, en un diálogo con Platón, dice que «lo que hay más hermoso para un hombre, es ser rico, tener buena salud, verse honrado por los griegos, llegar á la vejez, hacer soberbios funerales á sus padres cuando mueren, y recibir él mismo de sus hijos una hermosa y magnífica sepultura».

La verdadera historia sería la de las cinco ó seis ideas que reinan en una cabeza de hombre. ¿Cómo un hombre ordinario, hace dos mil años, consideraba la muerte, la gloria, el bienestar, la patria, el amor y la felicidad? Dos ideas han gobernado esta civilización antigua; la primera, que es la del hombre; la segunda, que es la de la ciudad—hacer un hermoso animal, dispuesto, sobrio, valiente, sufrido, completo, y esto por el ejercicio corporal y la elección de las buenas razas.—Formar una pequeña sociedad cerrada, comprendiendo en su seno todo lo que el hombre puede amar ó respetar, especie de campaña permanente con las exigencias militares del peligro continuo. Estas dos ideas han producido todas las otras.

En el Museo de Nápoles

La mayoría de las pinturas de Pompeya y Herculano han sido transportadas al Museo de Nápoles. No son sino decoraciones de habitación,

casi siempre sin perspectiva: una ó dos figuras sobre un fondo oscuro, á veces animales, paisajillos, trozos de arquitectura; muy poco color; los tonos están apenas indicados, ó más bien, amortiguados, borrados, no solamente por el tiempo (he visto pinturas frescas), sino á propósito. Nada debía atraer las miradas en estas habitaciones un poco oscuras; lo que agradaba era una forma de cuerpo y una actitud; esto entretenía el espíritu en las imágenes poéticas y sanas de la vida activa y corporal. Me han agradado más que las pinturas más célebres, las del Renacimiento, por ejemplo. Son más naturales y más vivas.

Nada de síntesis; el asunto es ordinariamente un hombre ó una mujer, medio desnudos, que levantan el brazo ó la pierna: Marte y Venus, Diana que va á encontrar á Endymión, Briséis llevada por Agamenón y otras parecidas, danzadoras famosas, centauros, un guerrero que roba una mujer; ¡la mujer está tan á gusto así llevada! Esto basta, porque se les ve hermosos y felices. No se comprende, antes de verlos, cómo una mujer medio vestida que va á través del aire puede ofrecer actitudes encantadoras, ó cuántos modos hay para hacer levantar el velo, hacer flotar la túnica, avanzar el muslo y dejar ver el seno. Ellos han tenido esta suerte, que ha faltado á todos, hasta á los pintores del Renacimiento, de vivir entre las costumbres apropiadas, de ver á cada instante cuerpos desnudos y vestidos, en el baño, en el anfiteatro, y además de cultivar los dones corporales, la fuerza y la velocidad de los pies. Hablaban de un hermoso pecho, de un cuello bien encajado, de un antebrazo lleno, como hablamos hoy día de un rostro expresivo y de un pantalón bien cortado.

Dos estatuillas de bronce en medio de todas estas pinturas son verdaderas obras maestras: una, que se llama Narciso, es un joven pastor desnudo, que lleva una piel de cabra sobre el hombro; diríase que era un Alcibiades, tan irónicas y aristocráticas son la cabeza inclinada y la sonrisa; los pies están calzados con botines altos á la usanza griega, y el hermoso pecho, ni demasiado delgado ni demasiado grueso, ondula unido hasta las caderas. Tales son los jóvenes de Platón, educados en los gimnasios; este Charmides, un joven de las primeras familias, cuyas huellas seguían sus compañeros, era tan hermoso, que parecía un dios. La otra estatuilla es un sátiro, más viril, desnudo también, y que baila con la cabeza levantada en el aire, con un entusiasmo de alegría incomparable. Al lado de aquella gente se puede decir que nadie ha comprendido ni sentido el cuerpo humano. Es que esta inteligencia y este sentimiento se nutrían del conjunto de costumbres que les rodeaban. Han sido precisas condiciones particulares para que se tome como ideal el hombre desnudo, contento de vivir, al que no falta, por tanto, ninguna de las grandes partes del pensamiento. Por estas causas, el centro del arte griego no es la pintura, sino la escultura.

Hay aún otra razón, y es que entonces se podían tomar actitudes. Tomar una actitud es hoy un trabajo y un acto de vanidad: antiguamente no. El griego, que descansaba y se apoyaba en una columna de la palestra para mirar á los jóvenes ó para escuchar á un filósofo, se colocaba bien, ante todo porque había adquirido el pleno uso de sus miembros, y después por delicadeza aristocrática. El aire bello, la apariencia noble y

seria de que hablan los filósofos, son esenciales en una sociedad elevada, entre hombres que tienen esclavos que hacen la guerra y discuten las leyes; no tienen ellos necesidad de buscarlos; su fuente natural y continua está en la conciencia que siente el hombre de su importancia y de su valor, de su independencia y su dignidad. Ved hoy el traje de los jóvenes é inteligentes lores ingleses, de los jóvenes bien educados de las grandes familias francesas; pero el mundo hace al joven inglés demasiado rígido y al francés demasiado abandonado: entonces se hacía al adolescente dispuesto y tranquilo. Se tiene alguna idea de esta facilidad cuando se ve á Platón oponer á la baraúnda del hombre de negocios, á sus astucias, á sus gritos, á todas estas costumbres de esclavos, el dejarse ir del hombre libre, que discute sin apresurarse y solamente sobre cuestiones generales, que deja ó toma el razonamiento según su comodidad, «que sabe levantar su vestido de una manera decente, y que, con seguro tacto, ordenando la armonía de los discursos filosóficos, celebra la verdadera vida de los dioses y de los hombres felices».

Marcha uno solo por estas estancias silenciosas, y al cabo de algunas horas siéntese aproximar la ilusión: tantas huellas del pasado lo hacen presente y sensible en algún modo. Sobre todo, este pueblo de estatuas blancas, en el aire gris y frío como el de una galería subterránea, parecen sombras que bajo la tierra, en reinos misteriosos, continúan una vida apagada, invisible, ó mejor aún, esos habitantes de los círculos vacíos, que Goethe, el gran pagano, coloca alrededor de los seres reales y tangibles. Allí están los héroes, las reinas, «los que han adquirido un nombre ó han

aspirado algún fin noble», la flor de las generaciones extinguidas; han descendido allí «con una marcha seria, y se sientan allí cerca del trono de potencias que nadie ha profundizado. Aun en poder de Hadés guardan todavía su dignidad y se alinean altivos junto á sus iguales, íntimos familiares de Persefona», mientras que la multitud ignorante, las almas vulgares, «relegadas á las profundidades de las praderas de los gamones (1), entre los altos álamos y los pastos estériles, zumbaban tristemente como murciélagos ó como espectros, y no son personas». Sólo las formas ideales escapan al acabamiento, á las consunciones de la duración, y perpetúan para nosotros las obras y los pensamientos perfectos.

Se olvida entre tantas nobles cabezas, delante de estas Junos severas, estas Venus, estas Minervas, estos anchos pechos de las diosas heroicas, la grave y humana cabeza de Júpiter. La cabeza de Juno es casi viril, como la de un altivo y grave joven. Yo volvía siempre á contemplar una Flora colosal, de pie en el centro de una sala, vestida con un velo que dejaba adivinar las formas, pero de sencillez austera y altiva. Esta es una verdadera diosa, y ¡cuán superior á las Madonas, á los esqueletos y á los martirizados ascetas, á San Bartolomé ó San Jerónimo! Una cabeza y una actitud semejantes son ciertamente *morales*, no las ideadas á la manera cristiana; no inspiran aquéllas la resignación misteriosa y mística; al contrario, os excitan á soportar la vida con firmeza, valor y sangre fría, con la altivez tranquila de un alma superior. No pueden enumerarse todas ni describir las unas tras otras; todo lo que siento

(1) Gamón (*arphodelus*), planta medicinal de las liláceas.

en mí es que la escultura es, entre las artes, la más griega, porque muestra el tipo puro, la persona física abstracta, el cuerpo en sí mismo, tal como lo han formado la bella raza y la vida gimnástica, y porque lo muestra sin incluirlo en un grupo, sin someterlo á la expresión y á las agitaciones morales, sin que nada venga á distraer de él la atención, antes que las pasiones del alma lo hayan deformado ó hayan subordinado su acción. He aquí el hombre ideal de los griegos, tal como su sociedad y su moral aspiran á formarle. Su desnudez no es indecente; es para ellos el rasgo distintivo, la prerrogativa de su raza, la condición de su cultura, el acompañamiento de las grandes ceremonias nacionales y religiosas. En los juegos olímpicos, los atletas están sin vestidos; Sófocles, á los quince años, se despoja de los suyos para entonar el *Peare*, después de la victoria de Salamina. Hoy no hacemos desnudeces más que por pedantería ó por malicia; entre ellos se hacían para expresar su concepción íntima y primitiva de la naturaleza humana. Esta gloriosa concepción les seguía hasta en sus excesos. En las pinturas de los lupanares de Pompeya, los cuerpos son grandes, sanos, sin insulsez voluptuosa ni molicie incitante; el amor no es allí una infamia de los sentidos ni un éxtasis del alma: es una función. Entre el bruto y el dios que el cristianismo opone uno contra otro, encontraron ellos el hombre, que concilia uno y otro. He aquí por qué lo pintaban, y sobre todo lo esculpían. Sin duda, y según el instinto supersticioso de las gentes del Mediodía, ellos imploraban á las imágenes, como hoy día sus descendientes imploran á los santos. Rogaban á su Diana, á su Apolo curandero; quemaban ante ellos incienso y hacían libaciones, co-

mo se llevan hoy día ante la Virgen y San Javier exvotos y cirios. Como hoy, tenían sus estatuas sagradas en el interior de las casas, en los reducidos oratorios particulares; repetían en sus estatuas actitudes y atributos consagrados; una Venus Anadyomena, un Baco en reposo, como en el siglo XVI se repetía en los cuadros Santa Catalina en la rueda y San Pablo con su espada; pero el efecto era otro, como también era otro el espectáculo. En la mirada lanzada al pasar, en vez de sentirnos herido por una figura huesosa, por un corazón sangriento, veis un hombro hermoso y redondo, una espalda bien contorneada de atleta, un potente pecho de guerrero, y sobre estas imágenes acumuladas desde la infancia, era donde el espíritu trabajaba y se forjaba el modelo del hombre. Todo esto decía: «He aquí cómo debes ser, cómo debes vestirte; procura tener estos músculos que juegan fácilmente, esta carne apretada y sana. Báñate, ve á la palestra, mantente fuerte en todo caso para el servicio de tu cuidado y tus amigos.» Hoy día las obras de arte no pueden decirnos nada semejante; no somos ni desnudos, ni ciudadanos; lo que nos habla es Fausto y Werther, ó mejor aún, tal romance parisién y las *lieder* (1) de Heine.

Hace falta, por tanto, citar algunas obras, sin lo cual no se formaría idea exacta. He aquí cinco ó seis trozos célebres:

El *Hércules Farnesio*, un vigoroso ganapán que acaba de levantar una viga y que piensa que un vaso de vino le vendría muy bien. Demasiado real y vulgar. Esto no es un dios, es un matarife.

El *Toro Farnesio*.—Amphion y Zethus, para

(1) Canciones.

obedecer á su madre Antíope, atan á Dirce á los cuernos de un toro. Esto parece pertenecer á la segunda ó tercera época de la escultura. Cuatro personajes de tamaño natural, además del toro, perros y un niño: es un cuadro, y hasta un drama; el escultor ha buscado el interés y lo patético; todas las artes bajan cuando pasan su límite propio.

Soberbia *Cabeza de caballo de bronce*.—Como todos los hermosos caballos griegos, no se ha empequeñecido por la educación, su alma está intacta; tiene el cuello corto, los ojos inteligentes, la plenitud de voluntad de los caballos libres, que se ven hoy día aún en nuestras Landas ó en el Norte de Escocia; este caballo es una persona, los nuestros son máquinas.

La encantada *Psiquis de Nápoles*.—Este torso tan fino, esta cabeza de joven delicada y distinguida, no es ciertamente del gran siglo; aun menos la *Venus Calipeda*, que parece un adorno de *boudoir* y recuerda la elegante licencia de nuestro siglo XVIII.

Varias estatuas y bustos, de mármol y de bronce, tomados de los personajes reales—una Agripina sentada, enérgica y triste;—las nueve estatuas de la familia Balba; un admirable orador, de pie, el alma en tensión por la gravedad de las cosas que va á decir, verdadero hombre de Estado, digno de la tribuna antigua: Tiberio, Tito, Antonino, Adriano, Marco Aurelio, todos estos emperadores y estos cónsules, tienen cabezas de políticos y de hombres de negocios, parecidas á las de los cardenales modernos. A medida que se avanza hacia una edad más próxima á nosotros, el arte tiende al retrato; se ennoblecen más los artistas, seguramente copian; las figuras de Sexto Em-

pirico y de Séneca están ansiosas, atormentadas, feas y duras como obras moldeadas. Nuestro museo Campana, en París, muestra que en llegando los últimos siglos, la escultura acaba por no reproducir más que las particularidades, personales y achacosas, el vicio, la deformación, la singularidad trivial, los ciudadanos de Henri Monnier tomados del natural por la fotografía.

*
* *

Hay, según creo, setecientos ú ochocientos cuadros. Yo, que no soy pintor, no puedo referir más que las impresiones de un hombre á quien agrada mucho la pintura, y que además ve en ella un complemento de la historia.

Muchos retratos por Rafael, el de un cardenal, el del caballero Tibaldeo y el de León X.—Este León X es un buen santurrón bastante vulgar, y su vulgaridad se hace más notable aún por el contraste de sus acólitos, dos figuras correctas, prudentes, eclesiásticas. Lo que es superior en Rafael, es visiblemente el equilibrio y la perfecta santidad de su espíritu. Sus retratos dan la esencia de un hombre sin frases.

Ribera.—Un Sileno ebrio, con un vientre desbordado, pecho de Vitelio, cara negruzca, baja y ruin de un Sancho inquisidor, horribles rodillas zambas, todo esto en plena luz, cruda todavía, mas aivada por un fondo de sombras que la hacen resaltar, y como trompeta de esta trivialidad brutal, de esta energía desenfrenada, un asno que rebuzna con todo su gáznate.

Guerchin.—Su encantadora Magdalena, desnuda hasta la cintura, tiene la actitud más graciosa, los más hermosos cabellos, los más perfectos

pechos, la más dulce sonrisa imperceptible de melancolía tierna y soñadora. Es la más conmovedora y la más amable de las enamoradas, y ¡vedla ahí mirando una corona de espinas! ¡Cuán lejos están ya esos artistas de la energía y de la sencillez del siglo precedente! Las bucólicas ó pastoriles, los cortejos, la devoción desabrida han comenzado su reinado: esta Magdalena es parienta de Herminia, de Sofronia, de las dulces heroínas del Tasso, ha nacido como las de la restauración jesuítica.

Leonardo de Vinci.—Una Virgen con su Niño, de una delicadeza extraordinaria, baja los ojos, y sus labios se plegan afablemente con extraña y misteriosa sonrisa; la cara está atormentada por la delicadeza del alma, por el refinamiento de la superioridad intelectual, y detrás de la cabeza tiene una flor de lis blanca. Este hombre es por completo moderno, á una distancia infinita de su siglo; por él el Renacimiento toca sin intervalo en nuestro tiempo. Era ya sabio, experimentado, investigador y escéptico, con gracia femenil y gusto de hombre de genio.

Muchos cuadros del Parmesano de una distinción exquisita, cabezas finas y largas, entre otras una joven púdica y cándida que mira con aire de admiración. Un gran retrato de su mano representa un señor de aquel tiempo, letrado experto y militar; lleva una especie de birrete rojo y su coraza está en un rincón; su noble rostro es delicado y soñador; sus cabellos y su barba son de admirable belleza y abundancia; no se imagina una mano más aristocrática, y en toda su expresión se mezcla la extraña dulzura de un contemplativo: es un capitán, un pensador y un hombre de mundo. Parmesano vivió en la primera mitad

del siglo XVI, en los comienzos de la decadencia de Italia. ¡Cuánto genio y cuánta cultura en los hombres que entonces sufrieron la opresión de la decadencia! Es preciso leer el *Cortesano*, de Castiglione, para ver la hermosa sociedad creadora, refinada, imbuída de filosofía, libre de espíritu, que pereció en tal momento.

Sus dos destructores están aquí, ambos pintados por Ticiano: Felipe II, pálido y estirado, indeciso, parpadeante, hombre de gabinete y de etiqueta, tal como lo representan los documentos políticos venecianos; el otro es el papa Paulo III, con su gran barba blanca, un viejo lobo caviloso. Otro papa retratado por Sebastián del Piombo, hermosa figura regular, pero negra como el agua de un río sucio, los ojos bajos á medias y la mirada oblicua. Diversos cuadros conducen estas ideas hasta el fin, por ejemplo, el de Micco Spadaro, la *Sumisión de Nápoles á don Juan de Austria*. La guerra era trágica en aquel tiempo, y ya se sabe cómo trataban los españoles las ciudades conquistadas en Flandes. En la plaza del Mercado, y á lo largo de la calle, los cuadros macizos de soldados esperaban la orden picas en mano y el mosquete apoyado en la horquilla; las banderas flotan de fila en fila; la fuerza y el terror destrazan la ciudad vencida. De rodillas, humildemente, los magistrados presentan las llaves, y sobre el pedestal de la estatua del virrey, demolida por la revolución popular, á lo largo de los asientos blanquecinos, las cabezas cortadas producen grandes manchas de sangre. Por detrás, las altas y sombrías casas extienden lúgubramente sus sombras y en el fondo se eleva la enorme barrera de las montañas. Ocho años más tarde llega la peste, y 50.000 personas mueren en Nápoles. Sólo la

Cartuja se preserva por la intercesión de su fundador: un segundo cuadro del mismo pintor representa esta singular escena. Se ve en el aire á San Martín y á la Virgen que detienen el brazo vengador del Cristo, mientras un ángel, de pie sobre el suelo, separa la Peste, una horrorosa mujercilla; alrededor, los cartujos arrodillados, con caras astutas y vulgares, confían con su patrón, que debe encargarse de sus negocios.

Bastantes pintores de segundo y tercer orden, Schidone, Lucas Jordán, Preti y el Josefino, que son muy grandes hombres. Tal cual encantadora mujer joven, amplia y sana, en un cuadro de Lauraneo, un alumno de Guido, deja detrás de ella bien lejos nuestra pintura contemporánea, tan ajetreada, tan incompleta, compuesta de tanteos insuficientes ó incitaciones penosas. Sus personajes se mueven, tienen miembros propios, hay en ellos facilidad, valentía y amplitud en la estructura de los cuerpos y en el orden de los grupos. Su cabeza está llena de colores y de formas, que salen de ella y se esparcen natural y abundantemente entre el lienzo. Este Lucas Jordán, tan difamado, tan expeditivo, es un verdadero pintor; sus figuras sonrientes, sus graciosas formas redondeadas, sus escorzos, sus paños de seda, con todo el movimiento y toda la vivacidad de su pintura, tienen el genio de su arte, quiero decir, *que él sabe agradar á la vista*; es de otra especie pensadora que nosotros; no está nutrido de filosofía y literatura, no piensa, como Delacroix, en expresar las tragedias del alma, ni como Decamps, en pintar la vida de la Naturaleza, ni, como otros, ha puesto en cuadros la historia y la arqueología.

La *Danae*, del Ticiano.—Este, ciertamente, no tenía estética y no pensaba más que en hacer una

hermosa criatura, una espléndida querida de patricio. La cabeza es bastante vulgar, nada más que voluptuosa; acaso es ésta una hija de pescador, que ha consentido de buen grado en no hacer nada, en comer bien y en llevar un color de perlas. Pero ¡qué tono de carne sobre los lienzos blancos, y qué cabellos de oro cayendo en desorden hasta la garganta! Sobre todo, ¡qué mano tan perfecta al fin de un brazalete de diamantes, unos dedos muy finos, un talle que se doblaga!

Hay una segunda *Danae* sin firma de autor sobre un lienzo vecino, ciertamente más delicado: la ninfa tiene puesta la mano sobre su cabeza, al lado de ella hay una planta florida y en el fondo un paisaje de montañas azuladas. Es seria, y su seriedad, como la de los animales, tiene una vaga expresión de tristeza. He aquí lo que ennoblece esta pintura; la voluptuosidad, que no es indecente, porque es natural; el hombre no desciende para llegar hasta allí, están á nivel, y la grandeza, la magnificencia de las arquitecturas, la serenidad del cielo, vierten á torrentes la poesía sobre la felicidad. El hombre es completo de esta manera; este es uno de los cinco ó seis grandes modos de vivir. Esta obra no sufre comparación; es como debe ser, acabada y perfecta; reducirla, apurarla, es quitarle su belleza propia, marchitar una flor única, tal que ninguna civilización ha producido una semejante; tanto valdría pedir al tulipán que fuera menos purpúreo, y á la rosa que tuviese un olor menos rico. Enfrente, y de mano de un pintor inferior, hay una Venus con Adonis, gruesa y rubia, las mejillas y la boca un poco empastadas; toda desnuda, menos lo que cubre un jirón de muselina, se entrega extasiada por completo á lo que desea, incapaz de imaginar nada más alto; ¿qué importa?

¿quién la querría de otro modo que así, bajo esta sombra caliente que aprisiona con delicia los tonos ambarinos de su bello cuerpo, bajo esta luz vaga que palpita y que vibra como la claridad de un agua tibia al sol poniente, sobre este soberbio manto rojo, cerca de este vaso de oro que se vierte con reflejos leonados? Cada gran escuela tiene el derecho de ser tan bien como cada grupo natural de vivos; tanto peor para las reglas y tanto mejor para todos.

Conversaciones

En el café, en el ferrocarril y en los salones, la política es ahora la base de lo que se habla. Hay como una ebullición en los espíritus; la vivacidad, el ardor, la convicción, son las mismas que entre nosotros el año 90. Los periódicos, muy numerosos, muy esparcidos, muy baratos, son del mismo tono. He aquí algunos ejemplos:

Primera noche con un escultor y un médico.—Según ellos, los bandidos del Sur (que me impiden ir á Pæstum) son simples salteadores. Matan, queman y roban. Es un oficio, ¡y un buen oficio! lo practican hasta con la gente de su partido. Si alguien los denuncia, prenden fuego á su casa; de esta manera aterrorizan á los pueblos. Añadid que en estas montañas, en estas malezas, hacen falta cien soldados para capturar á un bandido—Pero ¿no es esto una Vendée?—No; no merecen ellos esta comparación.—Este, desde luego, es un país católico, imaginativo y capaz de fanatismo.—